

ÁNGEL VASSALLO
(1902-1978)

SARA V. DE FERNÁNDEZ VILLAMIL

Ángel Vassallo (1902-1978) se doctoró en derecho en Buenos Aires con una tesis acerca de Bergson, no completando, en cambio, la carrera de filosofía en la universidad de la misma ciudad. Salvo un breve periodo en el cual ejerció, sin mucho interés, según sus palabras, la profesión de abogado, se abocó por entero, paralelamente a la elaboración de un pensamiento personal, al ejercicio de la docencia superior de la filosofía. Publicó *Nuevos Prolegómenos a la metafísica* (Losada, 1938), *Elogio de la Vigilia* (Losada, 1939; *Elogio de la Vigilia y Notas de un itinerario casi metafísico*, 3a. edición, Catálogos, 1992), *Alejandro Korn* (en colaboración con F. Romero y L. Aznar, Losada, 1940), *Ensayo sobre la ética de Kant y la metafísica de Hegel* (Pucará, 1945), *Qué es filosofía* (Losada, 1954), *Retablo de la Filosofía Moderna* (Catálogos, 1994), *El problema moral* (Catálogos, 1994) y artículos en congresos (Primer Congreso Nacional de 1949, Mendoza), revistas (*Inicial*, *Sur*, *Verbum*, *Cuadernos de Filosofía* y otras) y diarios (*La Nación*) argentinos y franceses.

Contemporáneo de Vicente Fatone y Miguel Ángel Virasoro, en un principio discípulo de Alejandro Korn, con quien lo ligaron fuertes lazos de amistad, su obra escrita, la cual se extiende entre 1930 y 1978, se arraiga en el contexto filosófico constituido por el escollo que el criticismo (Kant) primero y luego el anti-hegelianismo oponen a la tradición metafísica. Un nuevo sujeto del filosofar surge de esta encrucijada teórica en la cual, por un lado, la crítica existencial del hegelianismo se niega a reabsorber la subjetividad en una Razón absoluta y, por otro lado, la razón kantiana, universalidad formal vacía de contenido, se arranca a su inserción en el ser en el marco de la metafísica tradicional. Este nuevo sujeto de la filosofía reivindi-

ca su diferencia con respecto de aquel que se propondría un saber objetivo (saber que dejaría intacta la implicación del sujeto singular que él es en ese saber o, en el lenguaje de Vassallo, "la indiferencia del *cogito* a la verdad"). Por saber objetivo se entiende en sus escritos no sólo "la ciencia positiva, sino todo saber objetivo, sea de objetos reales, ideales o suprasensibles" ("Itinerario de la realidad en el *Diario Metafísico* de G. Marcel", en *Nuevos prolegómenos a la metafísica*). Se podría inscribir su obra, por consiguiente, en esa particular coyuntura en la cual resuena como telón de fondo el "fin de la metafísica" y que plantea el estatuto de un sujeto real, ético, dividido entre el saber y la verdad objetiva, sujeto que resiste a todo intento de reducir la filosofía a una ciencia.

El pensamiento de Ángel Vassallo, que encuentra su expresión más personal en *Elogio de la Vigilia*, se articula en un íntimo y constante diálogo con los cuerpos clásicos de la filosofía. Así, por ejemplo, concede a los racionalistas que la razón es exigencia de fundamento pero comparte la intención crítica de Kant, denunciando la ilegitimidad de las trascendentes metafísicas que se afirman a partir del poder constructor de la razón. En tanto el recorrido por Kant lo hace desembocar en la "necesaria transformación de la metafísica en ética", Vassallo hace una lectura agustiniana de Descartes, ya que retiene del racionalismo de éste la exigencia de trascendencia, no porque se amplíe hasta constituir el ser sino porque Descartes reconoce una trascendencia a partir del reconocimiento de su ser finito. Su diálogo con los clásicos de la filosofía se desarrolla, según palabras mismas de Vassallo, "desde el ángulo de alguna coincidencia o creída coincidencia con íntimas predilecciones y disposiciones intelectuales mías". A este respecto, Vassallo no ha reivindicado explícitamente una especificidad de la filosofía argentina, dando quizá por implícitamente dado que la filosofía no es argentina ni alemana ni francesa. Dice a este respecto un ex alumno suyo, el doctor Enrique Hernández: "No recuerdo nunca haber escuchado a Vassallo criticar la organización colonial

de la cultura argentina, como hicieron otros intelectuales [...] Con los años he pensado que no la criticaba porque toda su vida era eso [...] una impugnación viviente de la organización colonial. Quizá por eso ni siquiera se tomó el trabajo de tematizarla”.

A decir de Jacques Derrida, ningún pensamiento es contemporáneo de sí mismo. ¿En qué responde la obra de Vassallo a esta afirmación? Podemos contestar diciendo que el recorrido por los más clásicos edificios conceptuales de la tradición (San Agustín, Descartes, Kant, Spinoza, Hegel) le sirve al autor para detectar en ellos los signos o huellas de aquello que puede llevarlo a encontrar lo que busca, o sea, la necesidad de una relación de “causalidad” (específica o radicalmente heterogénea a la causalidad metafísica o científica) entre un existente individual, finito, y lo Otro de sí mismo (que el autor designa como “trascendencia”, tal como lo propone uno de los últimos textos: “hallar un nuevo estatuto de la relación existencia-trascendencia, en el lugar dejado vacante por la conciliación hegeliana”, en “Reflexiones sobre el pensamiento central de Hegel”, *Cuadernos de Filosofía*, Universidad de Buenos Aires, 1971). Vassallo recupera así, en los intersticios de las filosofías tradicionales (y coincidiendo involuntariamente con ciertas exégesis contemporáneas), el abismo entre dos tipos de *cogito* en Descartes. Más allá de sus diferencias, estas exégesis coinciden en interrogarse sobre el tipo de certidumbre que se revela en el *cogito* como momento privilegiado, para saber si se trata de una evidencia apodíctica asimilable a aquella que nos puede develar una verdad objetiva (la existencia del triángulo o la ley del peso de los cuerpos o el doble estatuto de la *res extensa* y la *res cogitans*), o si la evidencia del “yo pienso” no atañe al hecho de “ser” o “existir” (no forzosamente como pensamiento reflexivo o como *substratum* de una verdad objetiva, sino simplemente como sujeto irrepresentable que duda, sueña o delira, como Descartes mismo lo afirma en el momento de la duda). Estos dos tipos de certidumbre son

señaladas por Vassallo como internas al texto de Descartes: "Después del pienso luego existo, escribe el autor en 1954, vienen la existencia de Dios, el dualismo de las sustancias, la física mecanicista: todo el árbol cartesiano de la ciencia y la filosofía"; ese orden de certidumbres, como "intención de Descartes", es "formal y postizo". Esas evidencias "no se parecen ni de lejos a las del *cogito*, agrega. Diríase más bien que ese orden está construido a golpes de infidelidades al *cogito*. Es que de atenerse al gallardo impulso inicial de un saber hecho de certidumbre absoluta, probablemente Descartes no habría podido pasar de la Segunda Meditación". La certidumbre absoluta va a situarse, en cambio, en un registro desprovisto de dignidad objetiva, esto es, en el "maderamen de los sueños", en la "mísera e insignificante subjetividad", leemos en "Regreso al punto de partida de Descartes. Conciencia y finitud" —un texto veinte años anterior— y no en la 'zona de lo impersonal, universal y necesario', en la cual Descartes asienta un saber de la ciencia respaldado por un Dios 'garante de la certeza científica'. Resulta de ello la división entre el saber y la verdad, entre la posición de objeto, por un lado, y por otro "la avidez de otro saber (...) hecho de conciencia de finitud y angustia". El gesto central de Vassallo consiste en distinguir la heterogeneidad radical de ambas evidencias.

Esta distinción explica la muy precoz atracción de Vassallo por Pascal (de quien escribe un breve texto en 1923 en la revista *Inicial*) y constituye, además, el nervio del texto de 1935 acerca de Gabriel Marcel, en el cual el *cogito* evocado como un "yo pienso" abstracto e intercambiable por cualquier otro se opone a un "yo creo". La "fe" no es interpretada por Vassallo, sin embargo, siempre con referencia a Marcel, más que como "una solución provisional", la "primera evasión de Marcel del círculo del idealismo, y anticipa las más personales doctrinas de la existencia". En el lugar de lo objetivo, surge la existencia en forma de una alteridad no pensable, en una dicotomía en la cual resuena sin lugar a dudas la distinción de Kierkegaard

entre inmanencia y existencia. La existencia deja de ser, como en Kant, un predicado del ser y se da en un "salto" que en el caso de Marcel, Vassallo llama un salto a lo "meta problemático" (que anticipa el texto posterior sobre el "salto en el saber donante" en Descartes). Saltar a lo metaproblemático equivale a saltar a la esfera de lo otro, sustancialmente ajeno a la de lo objetivo, en el cual "un problema puede ser planteado en cualquier momento", así como el "yo pienso" puede ser pensado por cualquiera. En cambio, "el así llamado problema del ser tiene *su* momento en que nos sale al encuentro". La esfera de la existencia abre entonces a la temporalidad, al goce, a la singularidad, al ser como revelado" (y no conocido) en una alteridad.

Estas posiciones se reiteran en *Elogio de la Vigilia* (1938) con un tono particularmente personal: el "yo pienso" del "primer tramo" del método cartesiano no surge como certidumbre equiparable a la que le hace afirmar la existencia de Dios como "anterior a las ideas claras y distintas" (accediendo así, dice el autor, "a los reclamos del prejuicio realista"), sino como certidumbre, en la duda, de su finitud, pero certidumbre donante no de saber de sí como razón sino "donante de ser". En este don del ser, la certidumbre de la finitud converge con la certidumbre de un "exceso" respecto de ésta y es entonces "co-existencia con Dios", afirma. La experiencia de ese "exceso" de ser respecto de la conciencia como finitud es calificado como "conciencia desde" y como "anterior a las seguridades apodícticas". La fórmula "conciencia desde", utilizada en la lectura del *cogito* de Descartes reaparecerá en un texto muy posterior: "Los grados de la conciencia", en referencia a una experiencia propia.

La respuesta dada a la pregunta por el estatuto del Otro como heterogéneo al objeto de conocimiento, articulada a caballo entre una experiencia personal y la lectura de autores clásicos y contemporáneos, toma por lo general, alimentada por la particularidad irreductible de lo personal, la forma de un "ni...ni" y de un "tal vez". Lo "otro" de la subjetividad no

consiste, por ejemplo, ni en "afirmar que el yo individual en su núcleo o esencia sea parte de una conciencia infinita", ni que "el ser absoluto sea conciencia" ("Los grados de la conciencia"), como se podría deducir del sistema de Hegel. Por otra parte, se cuida de asimilarlo a la alteridad de un materialismo, cualquiera sea. Un texto anticipatorio respecto de *Elogio de la Vigilia*, escrito en 1933, aclaraba ya que el "más" de la subjetividad no puede consistir en la Nada que Heidegger postula en 1929 como condición para que emerja el ente ("Qué es metafísica", Revista *Verbum*, 1933).

Vassallo no sólo se niega a asimilar la alteridad a la Nada de Heidegger o a objetivarla desde las formas tradicionales de una causa primera, sustancia, Razón o Espíritu infinito, sino que además se niega a nombrarla. No afirma perentoriamente tampoco, aunque las citas no oculten su simpatía por ellas, que tendencias místicas como las de Eckhart o San Juan de la Cruz posean la clave para definir un "ser" que se articula como un límite de lo pensable. En "Los grados de la conciencia", dice: "Mi relación, la relación de la autoconciencia a esa conciencia originaria desde la cual me sé en última instancia es muy difícil de pensar". Los "tal vez" y los "ni...ni" refuerzan la "dificultad" (asumida con complacencia) en nombrar a esa "última instancia".

Detenido al borde de una alteridad que "excede" a la subjetividad o en la que ésta "participa", un sujeto singular "divisa el Ser" pero no lo nombra, se queda "en medio de un desierto". El texto incluido en *Elogio de la Vigilia* acerca de las "tres transformaciones" de la subjetividad (transformaciones en las cuales la primera es la kantiana, la segunda el idealismo racionalista de Hegel), propone en contra de ambas una alteridad que no esté como la primera, relegada a una cosa en sí inaccesible al conocimiento ni como en la segunda, absorbida en la equivalencia del "todo lo real es racional". Esa tercera transformación, a la que califica de "hora oscura" de la subjetividad infinita (de Hegel), se define con base en la experiencia de un sujeto

personal que mediante la culpa, la libertad y el misterio (en evidente afinidad con Kierkegaard), reconoce una alteridad más allá de sí mismo: "Misterio, culpa y libertad suponen ya lo *otro* de lo que se muestra, de lo que se es; y la subjetividad infinita, en cambio, no reconoce nada fuera de sí y de su eterna auto manifestación".

Inscrita en contra de una dialéctica que reduciría lo otro a lo mismo o lo irracional a lo racional, la tercera transformación de la subjetividad asume el riesgo de abrirse a una alteridad abismal, que algunos pasajes dejan entrever como pérdida de identidad (el *cogito* inicial de Descartes se abriría así no a la construcción de un edificio conceptual "verdadero", es decir, adecuado a un orden objetivo, sino a la angustia, que carece justamente de objeto, como lo muestra el texto "Iniciación en la angustia. En torno a Soeren Kierkegaard" en *Elogio de la vigilia*). Tal vez para reaccionar contra ese riesgo pero en su límite, la "vigilia" que propone el autor parece reclamar una "afinidad" de esa alteridad con el "yo" del "yo pienso", como lo muestra el balanceo significativo entre dos dimensiones de lo Otro (o del Otro): a) lo "absolutamente otro" o "extrañamiento absoluto" ("Encuentro con el Ser" y "Los grados de la conciencia"), por un lado, y por otro "una ausencia presente" ("Ensayo sobre la subjetividad y de sus tres transformaciones", en *Elogio de la vigilia*) o un "más que es también lo último" ("Encuentro con el ser"), ausencia presente que se quiere acogedora (o en la cual el sujeto pueda reconocerse). Es la segunda dimensión la que parece ser elegida, en la cual la angustia ante el "extrañamiento" del otro se apacigua en favor de una "ausencia presente", cuyo carácter limítrofe o misterioso no deja de reclamar subjetivamente una trascendencia de carácter personal.

No es difícil deducir que los matices con los cuales se abre paso en los textos esta elección sitúa la reflexión del autor no sólo en las antípodas de la ya mencionada objetivación metafísica del otro, sino además en contra de toda tendencia

que separaría radicalmente al sujeto de un "mundo" o del "ser" (como es el caso de la radicalización de la arbitrariedad lingüística entre el orden de la significación y su referente o la perspectiva psicoanalítica lacaniana que, al desontologizar simultáneamente al sujeto y al Otro, separa al primero de todo correlato con un "mundo"; véase a este respecto el texto "Lenguaje y realidad" en *Notas de un itinerario casi metafísico*). Un desarrollo más profundizado permitiría sin embargo considerar que la orientación metafísica de Vassallo, que redundaba finalmente en un resuelto rechazo de las perspectivas aludidas, surge de una argumentación teórica que, dejando en suspenso esa desontologización, postula un sujeto que "transforma la metafísica en ética". La angustia, inseparable del *cogito*, reclama, por cierto, una trascendencia, pero una trascendencia "amenazada".

La exigencia de una presencia en el lugar vacío dejado por el ser de la metafísica caracteriza, sin lugar a dudas, el tipo de trascendencia que se articula en *Elogio de la vigilia*. El sujeto que reclama esa trascendencia está lejos del sujeto "sin cualidades" de la ciencia, el cual no es, como se ha dicho, pecador ni santo, ni puro ni impuro, ni condenado ni salvado, ni mortal ni inmortal. Lejos, asimismo, de un sujeto "vacío", resto lógico que queda después de dejar de lado todos los enunciados del saber. El sujeto de quien se trata en los escritos de Vassallo es connotado, por el contrario, como mortal, finito y hay razones para pensar que sólo por la proximidad del ser que lo "excede" puede enunciar "yo soy" (¿en tanto salvado? es difícil decirlo, aunque sí en tanto sujeto ético).

Es un hecho, en efecto, que el "ser-con" no llega a explicitarse como una variante de la equivalencia *cogito ergo sum/cogito ergo Deus* que puede leerse en Descartes. Interrogado en varias oportunidades, Vassallo ha negado que al postular una "afinidad" del sujeto de la vigilia con el Otro intentando así una reconciliación "oscura" con éste, intente una solución de tipo religioso. Sus escritos no proponen "soluciones". En este

aspecto se podría decir de ellos lo que el autor dice de Gabriel Marcel, es decir, que "no se presta para el cómputo final de las conclusiones". Y en cuanto a su carácter fragmentario o al suspenso en lo que hace a la especificidad del Otro, esa suspensión misma de toda conclusión parece formar parte de su significación.

Sea como fuere, la cuestión del estatuto del sujeto (aquí del sujeto que filosofa) paralela al estatuto del otro, alojada entre otras referencias mayores en la acentuación de la dimensión originaria del *cogito* cartesiano, persiste como punto ineludible en la reflexión actual. Incluso en el interior mismo de las tendencias que sostienen la idea de un sujeto efecto del orden signifiante, desde adentro de ellas, surge la exigencia de concebir un sujeto que decide en la angustia y que surge, por ende, por "exceso" a la determinación signifiante, aun cuando esté incluido o alienado en ella.

La idea de que ningún pensamiento es contemporáneo de sí mismo adquiriría entonces un sentido suplementario. Si el sujeto de la filosofía, el cual podríamos llamar existencial, surgido de la crítica ulterior del kantismo y del hegelianismo, desemboca, aun mediante la búsqueda de un "ser" perdido de la metafísica, en la afirmación de una alteridad, también es cierto que al postular una "existencia" como límite de lo pensable, prepara el terreno para los temas básicos de las tendencias posteriores que lo declararían obsoleto, esto es: el sujeto dividido, la imposible reducción del otro a la conciencia, el reemplazo del ser por la alteridad en sus diversas formas. Aún en el caso de que se la entendiera como un orden simbólico afectado por una falla, esa alteridad nos exige pensar una subjetividad abierta a esa falla misma. El pensamiento de Ángel Vassallo se inscribe, precisamente, en el intento por desgajar ese nuevo sujeto imposible de objetivar (tanto como la alteridad con la que se enfrenta), donde los términos de "finitud" o "intimidad" designan de un modo aproximado la dificultad para nombrar una instancia inobjetivable en la cual se anuda la existencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Casas, Gonzalo, 1941, "Tres irrupciones metafísicas en el pensamiento de Ángel Vassallo", *Revista de la Biblioteca Ministro de Justicia e Instrucción Pública Jorge E. Coll*, Córdoba.
- Correa, Carlos, 1999, "Recordación de Ángel Vassallo", *Novenas Jornadas de Pensamiento Filosófico en la Argentina*, Actas, FEPAL.
- , 1994, "Historia del existencialismo en la Argentina", *Cuadernos de Filosofía* (Universidad de Buenos Aires), número 40.
- Derrida, Jacques, 1987, "Cogito et l'histoire de la folie", en *L'écriture et la différence*, París, Seuil.
- Fóscolo, Norma, 1971, "El pensamiento de Ángel Vassallo", *Anuario de Historia del Pensamiento argentino*, (Universidad Nacional de Cuyo), tomo VII.
- Hernández, Enrique, 2002, *Homenaje a Ángel Vassallo*, Buenos Aires, Segunda Muestra Nacional de Filosofía.
- Huisman, Denis, 1994, *Dictionnaire de Philosophie*, París.
- Iribarne, Julia, 2002, "Alrededor del Elogio de la Vigilia", conferencia en la Academia de Ciencias, Buenos Aires, mayo.
- Milner, J. Claude, 2000, *La obra clara*, Buenos Aires, Manantial.
- Pucciarelli, Eugenio, 1976, "Saber y ser en el pensamiento de Ángel Vassallo", *Cuadernos de Filosofía* (Universidad de Buenos Aires).

Virasoro, Miguel Ángel, 1961, "La filosofía", en *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur.

Walton, Roberto, 2002, "El itinerario de la caballería filosófica", ponencia en la Academia de Ciencias, Buenos Aires, mayo.